

Tres días de octubre

Antonio Pereira

León, 3 de octubre

Dentro de ese folklore que se compone de sentimientos y de trajín turístico, de cultura y de intereses comerciales, el de los hermanamientos entre ciudades o provincias -o entre calles: hay quien habla de vincular Ordoño II con el Corso Vanucci de Perusa...-, hoy hemos tenido en León a las autoridades y pueblo de Puebla de México. Vinieron a devolver una visita similar de los leoneses. Hubo actos en la Diputación, agasajos, todo estuvo llevado con elegancia y buena mano. Reconozco -y envidio- la superioridad de los fraternos visitantes en cuanto a la prosopopeya (ver 2ª acepción del D.R.A.). Ellos traían por delante a su gobernador. Aquí, al gobernador, por ley de hace unos meses se le llama sub-delegado. Ganas de empobrecernos. Y esa suerte que tienen los poblanos, ciudadanos del Estado libre y Soberano de Puebla de México, una plétora de palabras con mayúscula.

León, 4 de octubre

Un amigo que siempre fue conocido por su egoísmo y aspereza, me confiesa que con el paso de los años tiene mejores sentimientos, que no le fastidian los «rollos» del prójimo. Quizá nos pasa a todos un poco. Hoy es sábado y en la ciudad se prolonga el verano y el aire y el sol acarician. Hablo con la señora de los periódicos y no son fórmulas o estereotipos, siento que me interesa ciertamente el resultado de la operación de su marido. Yendo de la catedral al viejo Consistorio me detengo en el taller de cerrajería y me siento en una banqueta, «¿Qué le trae por aquí?», «Nada especial, maestro, era sólo oler el hierro, el aceite de las herramientas». Me da vergüenza confesar que lo que quiero es hablar un poco. Donde más se puede pegar la hebra de la solidaridad es en el mercado del fin de semana, colmado de verduras recién traídas del campo, de legumbres y quesos y huevos y aves de corral. No lejos de allí me encuentro a mi párroco Enrique, me convida a un vino y cuando salimos del bar a la calle, que es en su territorio de Nuestra Señora del Mercado, tiene alguna palabra para cada hombre o mujer que nos tropezamos. Y lo más importante, a todos les sabe el nombre. En la televisión del bar se estaba casando una hija del Rey, y yo les deseo a

los novios felicidad, pero más de cerca me tocan las bodas y bautizos que recuerda Enrique, según nos cruzamos con sus feligreses.

Ponferrada, 5 de octubre

No hice la mili, por escasa disposición física, y nunca me sentí en deuda con el Ejército pero sí con la Patria, por eso de jurar bandera. Soy un patriota. A algunos les dará risa -imagino a ciertos contertulios de la literatura-, eso si no arguyen que es asunto de carcas. Ni carcas ni leches. La Patria somos todos, los paisanos y los militares, los republicanos y los monárquicos, los rojos, los azules y los gris marengo. La Patria es la nación con calma. Yo estaba deseando testimoniarlo de alguna manera solemne, y si la jura de la bandera se hiciera en las escuelas, lo mismo me hubiera ido a jurar con los maestros. En la cena de anteanoche con los mejicanos de Puebla me tocó sentarme junto a la señora del Gobernador Militar, que ya el cargo se llamará de otra manera, qué cruz. La guapa generala es comunicante y alavesa como mi madre, poco le costó convencerme de que yo me debía a la ocasión única de hoy, en Ponferrada, en mi tierra del Bierzo. Allá me fui con «la familia militar», que resultó ser una familia estupenda. Fue una fiesta inolvidable. Un poco me temblaron las piernas al arrancar en columna de a uno -no sé si se dice así-, pero la banda tocaba una marcha briosa y cumplí con decoro.

Para que nada faltara en la jornada, hubo grupos que en otro lugar de la ciudad mostraron pacíficamente sus posturas iconoclastas, maximalistas, idealistas a su lícita manera. Por lo que leo en los periódicos, casi todas sus consignas podría yo corearlas sin faltar a mi sincero y firme juramento de esta mañana. Dicen ellos que su patria es el mundo, y ese es un ideal hermoso, al que se sube por un primer tranco que es el amor a lo más próximo, entiéndase que estoy hablando de España. Claman que su bandera es la paz, y la que, yo acabo de honrar me gusta, sobre todo, verla brillar como símbolo de concordia. Y quieren, en fin, ¡una Ponferrada desmilitarizada! Pero hombre -digo yo-, será que queréis una Ponferrada como la de hoy: Ismael, que lo vi en traje de paisano endomingado, ejerciendo el mando constitucional de la ciudad; los curas, diciendo misa; y los militares, respetando los códigos civiles, aplaudidos por miles de bercianos. ¿O no?